

Exchanges / Intercambios

Historia y memoria del aprismo peruano

A propósito de *La desmesura revolucionaria* de Martín Bergel¹

José Luis Rénique

Graduate Center / Lehman College

“Hay que considerar al aprismo histórico como un estado de ánimo, una pasión por la que se mató y se supo morir”.

Hugo Neira

En 1985, en plena campaña electoral presidencial, asistí a un evento en que los principales candidatos presentaban sus planes para el agro ante una audiencia de personas vinculadas a ese sector proveniente de todo el país. Al mediodía, mientras

¹ Martín Bergel, *La desmesura revolucionaria. Cultura y política en los orígenes del APRA* (Lima: La Siniestra ensayos, 2019).

hacíamos cola para almorzar comentábamos con un grupo de viejos amigos—nacidos todos en la primera mitad de la década de 1950—la deslumbrante presentación de Alan García Pérez que acabábamos de escuchar, más aún si la comparábamos con la gris exposición del candidato de izquierda, el abogado cajamarquino Alfonso Barrantes Lingán, que había iniciado la mañana. Súbitamente, un caballero que probablemente nos doblaba en edad terció en el diálogo para lanzarnos una cortés pero firme admonición: “¿Cómo? ¿Nadie les ha enseñado a ustedes que a los apristas no se les puede creer?” No era un hecho ocasional. Era una expresión de aquello que sería una de las grandes corrientes del ánimo político nacional a lo largo del corto siglo XX peruano, ese que se inició con el fin de la República Aristocrática (1919-1930) y vino a concluir con la caída del general Juan Velasco Alvarado. Aprismo y antiaprismo: dos pasiones encontradas cuyo halo alcanzó a todo aquel que se interesara por la vida política del país. De hecho, recién salidos de la adolescencia, en nuestros primeros años universitarios tuvimos nuestra primera exposición a ese choque pasional que aún definía el espacio político juvenil: en rigor, poco o ningún espacio existía para algo parecido a un intercambio de ideas. Nosotros les decíamos “búfalos” y ellos coreaban “rojos por fuera blancos por dentro”, aludiendo a nuestra condición de “rabanitos”. Ellos gritaban “¡el APRA nunca muere!”, y nosotros añadíamos: “¡vive de rodillas!”. ¿Adónde recurrir para esclarecer el tema?

I

Poco o nada podía esperarse de una historiografía aprista que fluctuaba entre la hagiografía, cuya máxima expresión era el célebre libro de Luis Alberto Sánchez, *Víctor Raúl Haya de la Torre o el político: crónica de una vida sin tregua* (Santiago de Chile: Editorial Ercilla, 1934), y la denuncia *in toto* del aprismo bien representada por el libro del texto del fundador del PAP Luis Eduardo Henríquez, *Haya de la Torre, la estafa política más grande de América Latina* (Lima: Ediciones del Pacífico, 1951) y otros testimonios de la “traición” del aprismo a sus principios como *El APRA en busca del poder, 1930-1940* (Lima: Editorial Horizonte, 1975) de Víctor Villanueva, mayor del ejército peruano y participante del frustrado operativo insurreccional que, en 1948, debía derrocar al frágil gobierno de José Luis Bustamante y Rivero, truncando así el inminente golpe de la derecha. En esa dirección, trabajos como el de Mariano Valderrama, *El APRA: un camino de esperanzas y frustraciones* (Lima: Ediciones El gallo rojo, 1980) aportaban las pruebas de la inexorable “derechización” del aprismo con la legitimidad teórica y

metodológica que les otorgaba el “boom” de las Ciencias Sociales en curso durante la década de 1970. Esta perspectiva, más allá de su supuesta imparcialidad académica, no escapaba al halo pasional del antiaprismo al enfatizar su solidaridad con aquellos “vastos sectores del pueblo peruano” que habían “ofrendado sus vidas” por el aprismo. Como tampoco lo hacía—más allá de la calidad y el rigor de su investigación—el trabajo de Nelson Manrique, “*¿Usted fue aprista!*” *Bases para una historia crítica del APRA* (Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2009) dedicado a la memoria de “Amador Manrique de Lara Lozano, mi padre, que tomó el ferrocarril de Huancavelica en noviembre de 1934, y cuyas ilusiones de viejo aprista fueron rotas por el gobierno de Alan García”.

En ese contexto, leer *La desmesura revolucionaria* de Martín Bergel desde el Perú conlleva un ejercicio de recuerdo, de conexión con memorias sepultadas, además de ser, por supuesto, una bienvenida invitación a explorar las bases de la precaria política peruana del siglo pasado, uno de cuyos grandes temas es, precisamente, la historia del APRA: su súbito crecimiento en los meses que prosiguieron a la caída del régimen de Augusto B. Leguía en 1930, su impacto como escuela política, las causas de su insólita longevidad, sus dramáticos giros doctrinarios y otras interrogantes que—como en el caso de la historia del peronismo en Argentina—nos obligan a un examen en profundidad de las bases históricas de la cultura política peruana actual. Me refiero a recuerdos que van desde mi pregunta infantil a un tío, hermano de mi padre, sobre el diario que leía que no tenía tanta información deportiva como el que leía mi padre (hablo por supuesto de *La Tribuna* y *El Comercio*, cuya lectura definía la posición asumida en la contienda aprismo vs. oligarquía que definió la política peruana del siglo pasado) sin saber que pisaba terreno minado, hasta la larga perorata que obtuve como respuesta sobre la gran paradoja de un “sabio” peruano admirado a través del mundo pero perseguido en su propia patria, o mi propio encuentro con Haya de la Torre a raíz de una visita a la “casa del pueblo”—el célebre local del Partido Aprista en la Avenida Alfonso Ugarte—con mis compañeros de Historia de la PUCP organizada por el profesor Jeffrey Klaiber en 1974, si mal no recuerdo. Fue esta una especie de incursión en territorio mítico de la que me queda el recuerdo de la veneración de los “compañeros” hacia su “jefe” y “hermano mayor” y, por supuesto, su prolongado e ilustrativo monólogo en el que la historia del aprismo y la suya propia se fundían en un único y coherente relato.

Sin estas cargas locales, Martín Bergel explora el período fundamental de la historia del aprismo, el período 1930-1945, aunque en realidad su análisis incluye la fundamental década de 1920, etapa de desarrollo de un “proto-aprismo” que explica la rápida construcción del Partido Aprista Peruano (PAP) como partido de masas. Se propone, más aún, evitar dos problemas habituales de la historiografía aprista: el “hayacentrismo”—vale decir, el énfasis excesivo en la trayectoria de Víctor Raúl Haya de la Torre—y la tendencia a “proyectar indiferenciadamente sobre el pasado rasgos que solo adquirieron preeminencia posteriormente”. Así planteado, el suyo es un interés incentivado por la “fascinación” que le suscitan “las prácticas e imaginarios” de la “generación fundadora del APRA”. Una historia relevante para Bergel en tanto se trata de un notable capítulo de la historia latinoamericana, que es su interés central.

De hecho, su descubrimiento del tema se produce en el marco de una investigación doctoral sobre la emergencia, en los años de la post-primera guerra mundial, de lo que él denomina un “orientalismo invertido”, en alusión a la célebre obra de Edward Said y al surgimiento de nuevas valoraciones del “Oriente”, no ya como representación de la barbarie sino del espiritualismo y el antiimperialismo; sustrato, por lo tanto, de un “prototercermundismo” en cuyo marco un nuevo tipo de “latinoamericanismo” iría tomando forma². No ya aquel que se limitaba a encadenar a sus heroicos o geniales protagonistas sino uno construido “desde abajo”, desde “lo que hoy llamamos sociedad civil, y que privilegió relaciones de tipo horizontal”. De ahí que se haya propuesto “exhumar” aquel “modelo de construcción de la unidad latinoamericana”—diferente “en varios aspectos de ciertos rasgos dominantes en el relato latinoamericanista hegemónico”—desarrollado, sobre todo, entre la tercera y cuarta décadas del siglo XX³. Una inquietud, explica Bergel, que tiene que ver en términos generales con “el rastreo de la génesis de la vertiente nacional-popular que informa una corriente central de la cultura política latinoamericana hasta hoy”⁴. Tal objetivo requería distanciarse de un enfoque meramente “textualista” y adoptar, más bien, el “giro material” en los estudios de la historia de las ideas: una aproximación

² Martín Bergel, “Un caso de orientalismo invertido: Representaciones intelectuales del oriente en la cultura argentina de la primera posguerra (1918-1930)”, Tesis Doctoral, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2010, publicada luego bajo el título *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina* (Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes, 2015).

³ Martín Bergel, “América Latina, pero desde abajo. Prácticas y representaciones intelectuales de un ciclo histórico latinoamericanista. 1898-1936”, en *Cuadernos de Historia* 36 (junio de 2012): 7-36.

⁴ Bergel, “Un caso de orientalismo invertido”, 332.

elaborada “a partir de las herramientas de la historia intelectual y cultural antes que las de la crítica literaria”⁵.

III

Los once ensayos que conforman este volumen publicado por una editorial peruana—La Siniestra ensayos—fueron escritos entre 2006 y 2018 a la par con el desarrollo del marco analítico antes descrito. El tema del APRA, de tal suerte, es a la vez un estudio de caso tanto como punto de partida de dicho modelo. De ahí que este libro sea una explícita contribución tanto a la historia latinoamericana como a la peruana, un trabajo en el que la dimensión continental extrae al aprismo de una sobrecargada dimensión nacional mientras esta permite poner rostros y circunstancias al modelo propuesto. Una doble entrada de mutuo beneficio.

En la primera de las tres partes del libro, por ejemplo, ver el desempeño de los jóvenes desterrados apristas en el “espacio transnacional” generado por la reforma universitaria permite comprender el proceso de transformación de un puñado de activistas estudiantiles peruanos en integrantes de una vanguardia continental. Su adaptación a ese contexto, explica Bergel—vía el desarrollo de un “nomadismo proselitista”—les permitirá transformar el exilio en una oportunidad. La propia “desmesura” de su proyecto—transformar “letrados” en “hombres de acción” capaces de impulsar una versión “indoamericana” del modelo leninista separada de la Internacional—los estimula y, a la vez, los delimita. Con una cita ilustra Bergel la “desmesura” hayista: “Debemos tratar de hacer llegar a toda América la vibración de nuestro programa y agitar mucho, muchísimo. No hay que desanimarse; cinco rusos han removido al mundo. Nosotros somos veinte que podemos remover la América Latina”. En esos términos se dirige el futuro fundador del Partido Aprista Peruano, en 1926, a Eudocio Ravines, futuro secretario general del Partido Comunista Peruano fundado por José Carlos Mariátegui en 1928. En ese “desmesurado” marco emerge el “desterrado aprista” como un novedoso modelo de militante cuya “disposición vital”, su “actitud beligerante” y su “voluntad de sacrificio” (17 y 86), sustenta un “estilo revolucionario” que se asemeja al bolchevique como ningún otro colectivo en la región. Un contingente humano preparado para hacer del ambiente “latinoamericanista” un efectivo “espacio de invención política” a ser conquistado

⁵ Bergel, “Un caso de orientalismo invertido”, 19.

convirtiendo al proto-aprismo en una “verdadera máquina coordinadora de propaganda” (103), sustentada en un activismo epistolar de proporciones sorprendentes, tanto así que, según Bergel, el aprismo vendría a ser un “partido hecho de cartas”.

Manuel Seoane, Luis Heysen, Luis Alberto Sánchez aparecen, en la segunda parte del libro, como casos específicos de “nomadismo proselitista”, como la concreción del más valioso logro del fascinante proceso de “invención” del aprismo: la transformación de un puñado de jóvenes “letrados” en los “trabajadores intelectuales” capaces de construir un disciplinado movimiento de envergadura continental en virtud de su confluencia con las masas de “trabajadores manuales”. Todo ello, por cierto, sobre la base de la “travesía iniciática” de Víctor Raúl quien, en su viaje al cono sur, en 1922, descubre el “rédito político a extraer de ser cabeza [la Reforma Universitaria] de un movimiento de simpatías continentales”. Resulta inevitable, al respecto—a pesar de los esfuerzos del autor por eludir el hayacentrismo—, reconocerlo como el gran orquestador: el grado en que su singular personalidad define el estilo en construcción. El trabajo de Bergel ilumina cómo, por ejemplo, los rasgos “voluntaristas y mitopoéticos” de su discurso contribuyen a esa “desmesurada” dinámica del proyecto en construcción o el papel de su intuición para captar no solo la “ritualidad” sino “hasta la sonoridad” de los eventos “latinoamericanistas” y convertirlos en materia prima de la emergente identidad aprista (140). Son las historias individuales, no obstante, las que permiten comprender “la inserción del APRA en diferentes puntos” y la forja de la red que le dio vida (154): el activismo político y periodístico de Seoane, por ejemplo, de signo socialista, en contraste con los vínculos académicos, vinculados al mundo oficial, en el caso de Sánchez.

Cronológicamente, la tercera parte de *La desmesura revolucionaria* se ubica en las décadas de 1930 y 1940. La consolidación del partido, la construcción misma del “pueblo aprista” y su resistencia a la persecución durante la llamada “gran clandestinidad” son los temas que se examinan desde la perspectiva del “giro material” antes mencionado. Ello implica, por ejemplo, examinar *La Tribuna*—el diario partidario—“en sus funciones de artefacto”, un elemento clave como “eje vertebrador de la vida partidaria” y como canal informativo al que la persecución va reconfigurando hasta convertirlo en un factor decisivo en la “economía sentimental” del APRA como movimiento político (292). *La Tribuna* pasó de ser un vehículo en la conquista de simpatías continentales a instrumento de implantación del PAP en el

país y luego a ícono de la sobrevivencia partidaria durante la persecución. Así, como un símil de la trayectoria partidaria, la lectura convencional, pedagógica, de *La Tribuna* muta hacia una “no-lectura” simbólica en la que su recepción termina siendo, por sobretodo, un testimonio de la vitalidad de la “fraternidad aprista” en la clandestinidad. La plena comprensión de esta dinámica requiere entender el papel de dos contingentes humanos: los canillitas que garantizaban la distribución del diario y cuyas reivindicaciones asumiría el partido como parte de su estrategia de comunicación, y los “intelectuales menores” que coadyuvaban a la difusión y esclarecimiento del mensaje impreso partidario, verdaderos productores, desde las bases, de “lo nacional-popular” (301).

En virtud de una investigación seria y persistente, Martín Bergel profundiza significativamente nuestra comprensión del fenómeno aprista, de los mecanismos de formación de aquella “comunidad emocional” que, en las “catacumbas”, adquiriría las proporciones de un verdadero “simulacro de nación”. Un colectivo que, tras casi década y media de proscripción, reemergería en 1945 con el fin de concretar su compromiso de “salvar al Perú”. De hecho, la centralidad del período 1930-1945 para comprender la longevidad del APRA—y acaso con ello las raíces de su larga agonía—es, de suyo, uno de los aportes principales del libro de Bergel. Se trata de una labor complicada por la dispersión de las fuentes documentales—y la pobre edición de las impresas, comenzando por las obras completas del fundador del aprismo—que obligan al autor a emprender, en sus propias palabras, un “peregrinaje de varios años por repositorios de instituciones peruanas, norteamericanas y europeas” cuyo momento culminante sería “la posibilidad de consultar en Lima una porción de los papeles y cartas recopilados por el histórico líder aprista Armando Villanueva del Campo” (29). Estamos frente a una sólida investigación que, de otro lado, refleja el importante desarrollo en el campo de la historia intelectual en Argentina, como lo demuestran los trabajos de Oscar Terán, Hilda Sabato, Carlos Altamirano, Jorge Myers y Fernanda Beigel, entre otros, en cuyo contexto Martín Bergel realizó su formación⁶.

III

⁶ Véase Paula Bruno, “Notas sobre la historia intelectual argentina de 1983 entre 1983 y la actualidad”, *Cercles. Revista d'Història Cultural*, vol. 13 (2010): 113-133.

Resulta imposible redondear una lectura de *La desmesura revolucionaria* desde una perspectiva peruana sin preguntarse, en términos vargasllosianos: con este trasfondo de audacia, tenacidad y creatividad, ¿cuándo fue que se jodió el APRA? La “traición” de la dirigencia partidaria al movimiento insurreccional del 3 de octubre de 1948 es, al respecto, una respuesta frecuente. Tres años antes, con la victoria electoral del centrista José Luis Bustamante y Rivero, el país había iniciado una de sus varias transiciones a la democracia del siglo XX. Una democracia vigilada por las Fuerzas Armadas y los poderes fácticos, por cierto, temerosos ambos de que el “partido del pueblo” se aprovechara de su precariedad. Conscientes de ello, los sectores radicales del aprismo buscaron adelantarse a un golpe de derecha vía un movimiento de sus defensas con el apoyo de sectores castrenses afines, operación cuya derrota se habría originado en la “desautorización” por la alta dirigencia del PAP en las horas previas a su iniciación. Veinticuatro días después, un golpe militar liderado por el general Manuel A. Odría devolvería al país a su autoritaria “normalidad”. Comenzaba para los apristas la “segunda clandestinidad”.

Más que señalar un hecho en particular, sin embargo, resulta imprescindible ensayar una perspectiva procesal: contrastar, por ejemplo—siguiendo el análisis de Bergel—, la manera en que los aprendizajes del exilio pre y post 1945 condicionaron la evolución del PAP de las décadas por venir. Pensar, para comenzar, en la gran diferencia que hizo el hecho de que, en lugar de tener a su jefe dirigiendo el partido desde la clandestinidad durante las décadas de 1930 y 1940, permaneciese refugiado, prácticamente incomunicado, en la embajada de Colombia en Lima, entre enero de 1949 y abril de 1954. Pensar, asimismo, en la realidad con que se encontraba la nueva generación de desterrados apristas nacidos en la década de 1920 y formados en los cánones de la vida clandestina: un mundo que se zambullía en la guerra fría. Se trataba de militantes para quienes las experiencias del peronismo en Argentina, del MNR boliviano o de Juan Jacobo Árbenz en Guatemala, reafirmaban la vigencia del APRA auroral, revolucionario y antimperialista. Un proceso de radicalización que la vieja guardia del PAP tendría muy pocas posibilidades de contener o reorientar, más aún si no contaban con la presencia activa de Víctor Raúl, irremplazable en su papel de hacer del exilio un verdadero espacio—en palabras de Bergel—de “invención política”.

Lejos de aquietar las cosas, el regreso del jefe del partido agudizaría el debate interno en la medida que este, en consonancia con el fuerte anticomunismo de la base

popular de su partido⁷ y una retórica propia de la era del “buen vecino”, se alinea con Washington en una guerra fría que iniciaba su aterrizaje en América Latina con la intervención en Guatemala en junio de 1954. Esta situación coadyuvaría a sembrar las semillas de disidencias intrapartidarias que irían erosionando la identidad revolucionaria trabajosamente construida durante la llamada “gran clandestinidad”. Así, mientras el jefe del APRA hablaba de “interamericanismo sin imperio” (en reemplazo del antiimperialismo inicial del aprismo) o—tras un recorrido por los países escandinavos—echaba loas al “capitalismo nórdico”, militantes como Hilda Gadea experimentaban de primera mano la intervención norteamericana en Guatemala y Luis de la Puente Uceda planeaba una incursión militar en el Perú con el objetivo de derrocar al dictador Odría⁸. Siendo, de mediados de la década de 1950 en adelante, el retorno del PAP a la legalidad el principal objetivo, el “realismo” político, más que el “aventurerismo” revolucionario, sería el nuevo foco del legendario partido. Transar con la derecha—confiando en una rápida deglución de la misma a partir de su fuerza electoral mayoritaria en un país que entraba en un intenso ciclo de masificación impulsado por la migración interna—sería, en consecuencia, la orientación estratégica predominante del aprismo. En esa dinámica, el partido de Víctor Raúl perdería no solo a la juventud radicalizada sino también a los emergentes sectores medios profesionales y empresariales.

En esta lógica, hacia mediados de la década de 1960, mientras el histórico “miedo al APRA”⁹ cedía el paso a la imagen del “partido de la transacción”, nuevos actores políticos—la Democracia Cristiana, Acción Popular de Fernando Belaúnde Ferry y el Movimiento Social Progresista de centro izquierda—iban a apropiándose de las banderas del partido nacido para “salvar al Perú”. El punto culminante de este proceso sería la emergencia de una generación militar que, motivada por su participación en la derrota a las guerrillas del APRA Rebelde devenido Movimiento de Izquierda Revolucionaria bajo la influencia de la Revolución Cubana, delinearon un programa de transformaciones de innegable inspiración “aprista” en cuya implementación, vía el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada encabezado

⁷ Paulo Drinot, “Creole Anti-Communism: Labor, the Peruvian Communist Party and APRA, 1930-1934”, en *Hispanic American Historical Review*, 92(4) (2012): 703-736.

⁸ José Luis Rénique, “De la ‘traición aprista’ al ‘gesto heroico’: Luis de la Puente Uceda y la guerrilla del MIR”, en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 15 (1) (2004).

⁹ Jeffrey Kleiber S.J., “El miedo al APRA”, en Claudia Rosas Lauro, editora, *El miedo en el Perú, siglos XVI al XX* (Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2005), 257-264.

por el general Juan Velasco Alvarado, participaron figuras civiles provenientes del “partido del pueblo” tanto como del llamado “comunismo criollo”.

No habría esta vez ni persecución ni exilio. En compás de espera más que en una hipotética *tercera clandestinidad* entraría el aprismo entre el golpe militar del 3 de octubre de 1968 y fines de 1977 en que se produjo el primer anuncio de la transición al régimen civil. Este proceso tendría en la elección de una Asamblea Constituyente—cuya presidencia recaería, precisamente, en el octogenario líder aprista—su etapa inicial. Lejos del foco público, en el espacio partidario que incluía la “casa del pueblo”, la propia residencia del jefe conocida como Villa Mercedes (convertida en museo en 1985) y los locales distritales y provinciales del PAP, Haya de la Torre se abocó a esa tarea de preparación. En manos de jóvenes como Víctor Polay Campos, Carlos Roca Cáceres, y, por supuesto, Alan García Pérez pondría su líder la tarea de asegurar la perduración del aprismo en el siglo por venir. Sin embargo, lo que vendría sería más bien una larga agonía. Perfilar sus trayectorias individuales permite delinear ese proceso que—victorias incluidas—tomaría la forma de un gradual desplome político-ideológico del aprismo.

IV

Alan García, como recordaría el escritor Daniel Alarcón, había nacido con el APRA¹⁰, igual que Víctor Polay. Hijos ambos de miembros de la generación fundadora, desde muy jóvenes, a inicios de la década de 1970, habían sido incorporados al círculo de confianza del jefe del PAP. Similar trayectoria seguiría Carlos Roca Cáceres: del Buró de Conjunciones—“era una tradición del APRA de la clandestinidad”, recordaría Polay; según Haya, los “tucuyricus” de la dirección—a seguir estudios en Europa. Roca iría a Italia, mientras García y Polay compartirían alojamiento en España antes de trasladarse a París. En los tres casos, el aprendizaje del marxismo era un aspecto esencial. Nacidos entre 1949 y 1951, estaban destinados a ser la dirigencia del PAP de los años 80. Para eso, el propio Víctor Raúl los había formado en los valores y las tradiciones del aprismo. La educación europea debía darles lo que a sus mayores les había dado el exilio: mundo, contactos, refinamiento intelectual. Nada comparable existía en el medio político peruano: una escuela política

¹⁰ Daniel Alarcón, “¿Qué llevó al expresidente del Perú a quitarse la vida?”, en *The New Yorker*, 1 de julio de 2019, <https://www.newyorker.com/magazine/2019/07/08/que-llevo-al-expresidente-de-peru-a-quitarse-la-vida>

que podía instruir a sus integrantes en cómo poner su propia historia al servicio de legitimar sus propuestas programáticas.

Podría ponerle fecha precisa a la primera vez que reparé en la existencia de Alan García: 28 de julio de 1978, día de instalación de la Asamblea Constituyente que serviría de puente en la transición del régimen militar al civil al cabo de una década dictatorial. Apristas e izquierdistas competíamos por ocupar la parte de la plaza Bolívar más próxima al frontis del edificio del Congreso. Casi de inmediato comenzaron las escaramuzas. De repente apareció Alan—cuya talla y sus pobladas patillas tipo, precisamente, Simón Bolívar, lo distinguían entre la multitud—acompañado de uno o dos de sus partidarios. Se acercó a la cabecera del bloque de izquierda y comenzó a saludar a los dirigentes llamando a algunos de ellos por su nombre. A partir de ahí, tras calmar a sus compañeros con un par de frases, propició una tregua y una división equitativa del espacio disponible. Al menos por un buen rato se impuso la tranquilidad. Resultaba indudable la autoridad que emanaba y su capacidad de persuasión. Siete años después, a los 36 años, se convertiría en el primer presidente aprista de la historia del Perú. Era la encarnación del sueño de Manuel González Prada, considerado el pionero ideológico del aprismo: “viejos a la tumba, jóvenes a la obra”. Para ese entonces, él mismo se había convencido de que, en virtud de la singular historia de su partido, no solo sería capaz de detener la confrontación que sangraba al país a raíz de la guerra popular de Sendero Luminoso, iniciada en 1980, sino de darle una salida política al problema de la deuda externa que ahogaba a los países de la región creando un bloque de deudores que, unilateralmente, decidían no amortizar más del 10% del pago por sus propias exportaciones. Su audacia y su juventud cautivaron a muchos, tanto en su país como fuera de él. Tras un inicio positivo, sin embargo, aquella primera administración suya terminaría en un sonado fracaso, con una hiperinflación de proporciones históricas y una generalizada escasez que perduraría por décadas en la memoria de los peruanos.

Más allá de su alabado talento político poco podía hacer García Pérez para dotar a su partido de una renovada línea doctrinaria. Basta contrastar sus dos períodos gubernativos para comprobarlo: del intento de relanzar la identidad socialdemócrata—refrendada con la celebración en Lima, en junio de 1986, del 17° congreso de la Internacional Socialista¹¹--a la promoción de un radical programa de

¹¹ Internacional Socialista, XVII Congreso, 20-23 de junio 86, Lima-Perú.
https://www.internacionalsocialista.org/fileadmin/uploads/si/Documents/Congresses/Lima/Lima_Congress_ssf.pdf

modernización neo-liberal fundado en una irrestricta explotación de los recursos naturales del país, en particular de la inexplorada Amazonía. En el primer caso, la celebración del aporte hayista a esa corriente se vería trágicamente ensombrecido por el motín carcelario promovido por los presos de Sendero Luminoso en varios penales de la capital peruana, que fue brutalmente respondido por el gobierno con una de las más cuantiosas masacres en la historia del país. Un incidente más del desastroso debut del aprismo en la conducción del estado, que incluiría un intento de nacionalización de la banca que despertaría a la derecha, que encontró en Mario Vargas Llosa su figura principal, y las desconcertantes críticas del propio García a su partido al que acusaba de haberse convertido en una “agencia de empleos” y de haber perdido la “mística” que el senderismo sí era capaz de desplegar. “Debemos reconocer—afirmó el mandatario ante cientos de participantes en el VII Congreso Nacional de la Juventud Aprista—cómo SL tiene militantes activos, entregados, sacrificados” que, “equivocados o no, criminales o no”, tenían “mística de entrega”. Por lo cual, concluyó, “esa gente merece nuestro respeto y mi personal admiración porque son, se quiera o no, verdaderos militantes”¹². Su errático desempeño, a fin de cuentas, terminaría generando las condiciones para la entronización del “fujimorismo” en el poder en 1990. “Heredamos un desastre” diría el nuevo mandatario al tomar el poder de manos del primer presidente aprista en la historia del país¹³, como anticipando la cruzada contra la “partidocracia”—y, en última instancia, la asediada democracia peruana—que muy pronto habría de emprender.

Anunciando el lanzamiento de una flamante “revolución constructiva del aprismo” volvería al poder García Pérez dieciséis años después. Dicha propuesta estaba enraizada, según él, en una revaloración de la dialéctica hayista. El aprismo, recordaría citando a su mentor, no era “un dogmatismo cerrado o arbitrario sino una línea de acción al infinito”. Ahí estaba la herramienta metodológica para imprimirle “un carácter popular al proyecto neoliberal¹⁴. La viabilidad de esta perspectiva dependía de un “crucial factor subjetivo”, a saber, la exigencia de superar las “concepciones fatalistas”, el “pensamiento mágico” y el “temor mitológico y

¹² Michael Machacuay, “Contradicción aprista: cuando Alan García valoró la “mística” de Sendero Luminoso”, en *La República*, 16 de octubre de 2018, <https://larepublica.pe/politica/1339072-alan-garcia-aprista-mostro-respeto-sendero-luminoso-terrorismo-apra/>

¹³ Carlos Reyna, *La anunciación de Fujimori. Alan García 1985-1990* (Lima: DESCO, 2000), 266.

¹⁴ Jorge Luis Duárez Mendoza, “Ser aprista en tiempos neoliberales. Un análisis discursivo del segundo gobierno de Alan García Pérez (2006-2011)”, en *Temas y Debates, Revista Universitaria de Ciencias Sociales*, [Rosario, Argentina], No. 36 (2018).

panteísta” que, por ejemplo, llevaba a decir que la selva “debe ser de nadie, mientras los madereros ilegales y los coccaleros destruyen el medio ambiente, sin pagar impuestos y sin crear empleo formal”¹⁵. Derrotar, en otras palabras, a esos “perros del hortelano”—ambientalistas, defensores de supuestos derechos comunales ficticios y toda esa laya de intelectuales caviaristas que avalaban con sus teorías marxistas el “pensamiento mágico” patente en demandas rurales que entorpecían la modernización del país¹⁶--abogados a truncar el desarrollo del país. Otra infausta masacre, esta vez en la provincia de Bagua, departamento de Amazonas, el 5 de junio 5 de 2009, rubricaría la disputa entre el “hortelanismo”¹⁷ alanista y la resistencia de las comunidades amazónicas a la promulgación de una serie de decretos legislativos que, en el marco del Tratado de Libre Comercio con los EEUU, “afectaban los derechos colectivos de las comunidades amazónicas en el uso y gestión de los recursos naturales de sus territorios”¹⁸.

Si en García la carcelería del padre a lo largo de su primera infancia fue un hecho que lo marcó hasta el final de su vida, en el caso de Polay fue la vorágine de la vida clandestina, la decepción de sus padres con las alianzas con la derecha tanto como los rituales partidarios—fundamentales para nutrir la mística y el fervor de los compañeros y en que participaba su familia completa—los que irían moldeando su militancia. En esa lógica, siendo un infante, Víctor acompaña a su padre a recibir en el local de Alfonso Ugarte a una delegación de “fidelistas”, una especie de “apristas cubanos”—según decían los “compañeros”—que habían derrocado a un sangriento dictador. Un fuerte contraste con la pasividad del PAP ante el velasquismo. En esas circunstancias, recordaría Polay, eran muchos los que buscaban una alternativa frente a una dirección que, en lugar de elaborar una “estrategia de poder” se limitaba a pedir elecciones en su discurso del “Día de la Fraternidad”, la gran fecha del calendario partidario marcada por el cumpleaños de Víctor Raúl. Los enfurecía—concluía—aparecer aliados con la derecha “democrática”, en realidad oligárquica. En ese

¹⁵ José Luis Rénique, “Alan García: Pensamiento-Haya y Modernización”, en *Argumentos* no. 2 (julio 2008), <https://argumentos-historico.iep.org.pe/articulos/alan-garcia-pensamiento-haya-y-modernizacion/>

¹⁶ Alan García Pérez, “El síndrome del perro del hortelano”, en *El Comercio*, 28 de octubre de 2007; “Receta para acabar con el perro del hortelano” en *Ibid.*, 25 de noviembre de 2007 y “El perro del hortelano contra el pobre” en *Ibid.*, 2 de marzo de 2008.

¹⁷ Alberto Vergara, “¿Hortelanos o republicanos?”, en *El Comercio*, 15 de julio de 2018, <https://elcomercio.pe/opinion/colaboradores/hortelanos-republicanos-instituciones-peru-alberto-vergara-noticia-536177-noticia/?ref=ecr>

¹⁸ Héctor Alimonda, Raphael Hoetner y Diego Saavedra, editores, *La Amazonía rebelde. Perú 2009* (Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2009).

momento—recordaría Polay—lo mejor de los trabajadores, profesores, estudiantes estaban animados por ideas de izquierda, pero no era fácil coordinar con una izquierda que los veía como “leprosos”. Una detención, a raíz de su participación en acciones contra la dictadura que realizaban al margen de la dirección del PAP, le dio la oportunidad de vincularse con militantes como el trotskista Jacinto Rentería y el teniente Vallejo, que habían lanzado un intento guerrillero en la sierra central, y el abogado Genaro Ledesma Inquieta y dirigentes de mineros que se habían enfrentado contra la Cerro de Pasco Corporation en esa misma región. El ejemplo del Che y del líder del APRA rebelde, Luis de la Puente Uceda, entretanto, iba cautivando a un joven que, por su formación, no entendía ninguna forma de compromiso político “que no fuera total”¹⁹.

En Europa iniciaría Polay el “doloroso” proceso de asumir los “costos” de “volverme izquierdista”: perder el “capital acumulado por mi familia”, dejar amigos, empezar de cero. No en vano Hugo Neira observaría que, además de una organización política, el APRA terminaba siendo una “comunidad emocional”. Este proceso de radicalización llevaría a Polay a convertirse en fundador del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), una organización que, con su práctica político-militar, esperaba conseguir aquello que ni los “defensistas” apristas de 1948 ni la guerrilla del MIR de 1965 habían logrado generar: resucitar el ethos revolucionario de su partido, recuperar el sentido heroico del aprismo primigenio. En esa lógica combativa, en noviembre de 1987, las fuerzas del Ejército Popular Tupacamarista emprendieron la toma de varias poblaciones del nor-orienté peruano. En el curso de esa campaña, a través de un reportaje televisivo, García Pérez reconocería a su viejo *roommate* de Madrid como el personaje que, con el apelativo de “comandante Rolando”, vestido de verde olivo y sosteniendo un AKM, encabezaba esas acciones en el valle del Huallaga. En los siguientes tres años el país sería testigo de la sangrienta confrontación entre los ex camaradas que tendría como punto culminante la masacre de Los Molinos que dejó cerca de 60 *emerretistas* fallecidos y que marcaría el inicio de la debacle de esa organización subversiva. En 1993, Polay iniciaba su larga condena de 35 años en la Base Naval del Callao.

Frente a las dramáticas trayectorias de García y Polay, la de Carlos Roca parece la de un aprista consecuente e institucional. Tuve la oportunidad de entrevistarle en su modesta y acogedora residencia del distrito de Breña de Lima a

¹⁹ Víctor Polay Campos, *Revolución en los Andes: Desde la prisión, Víctor Polay responde. Un balance del MRTA* (Lima: Icono Editorial, 2020).

mediados del 2000 y de apreciar, por ende, su agudeza intelectual y sus interesantes reflexiones sobre la historia de su partido y su disposición a debatir con sus colegas de izquierda. De hecho, en aquellos días en que, a mediados de los 80, la perspectiva de algún tipo de entendimiento entre la “izquierda legal” y el aprismo aparecía en el horizonte—en que el periodista Víctor Hurtado, por ejemplo, publicó *El Hayismo-Leninismo* (Lima: Bahía Ediciones, 1987)—Roca aparecía como una de las figuras más dialogantes del aprismo. Quizás sus dotes diplomáticas determinaron que sirviera como embajador y que, en las disputas internas partidarias que han punteado la historia del PAP de las últimas décadas, haya aparecido como una figura de conciliación, dispuesta a sacar la cara por el partido en momentos críticos en que su inscripción en el registro de organizaciones políticas estaba en peligro de extinguirse. En 2010, por ejemplo, contra su opinión y a espaldas suyas, la dirección del partido retiró su candidatura a la alcaldía de Lima alegando que carecía de respaldo²⁰. No fue la única vez que Roca recibió ese tipo de maltrato, lo que, sin embargo, no afectó su lealtad a la organización. La suya ha sido una trayectoria de corte institucionalista, zarandeada y puesta a prueba por esa combinación de agotamiento ideológico, pragmatismo vacío y corrupción pura y simple que, desde el segundo gobierno aprista, se convertiría en mal crónico de la vida del PAP. La declinación quedaría corroborada por su descalabro electoral posterior a la segunda presidencia de García: ausencia de candidato presidencial y una votación de 6% que le permitió obtener una mini bancada de 4 legisladores en 2011; y el retorno de García Pérez en 2016 en alianza con el derechista Partido Popular Cristiano con el pírrico resultado de 5% de la votación y 5 de 130 congresistas.

IV

Ya desde su primera administración, la sombra de la corrupción se proyectaba sobre el segundo gran líder de la historia del APRA, pero esto no impediría su espectacular retorno en 2011, ampliamente favorecido, sin duda, por el miedo a una presidencia del por entonces nacionalista radical Ollanta Humala, su rival en la segunda vuelta electoral. Nada hizo durante su segundo mandato por restablecer su reputación con respecto a este tema en particular. A lo largo de 2018 la imagen de

²⁰ “Carlos Roca afirma que sigue en campaña por sillón municipal de Lima”, ANDINA, Agencia peruana de noticias, <https://andina.pe/agencia/noticia-carlos-roca-afirma-sigue-campana-sillon-municipal-lima-308036.aspx>

un expresidente prácticamente cercado dominaba las informaciones sobre el “mega escándalo” Lava Jato²¹. En noviembre, finalmente, García Pérez pedía asilo en la embajada del Uruguay en Lima. Si muchos vieron en ello una implícita admisión de culpa, otros pretenderían comparar este episodio con aquel de 1949 protagonizado por Víctor Raúl Haya de la Torre en la embajada de Colombia. Semanas después, Uruguay—aquél país que marcó el inicio de aquella “travesía iniciática” del joven trujillano—le negó su solicitud de asilo. Más tarde se sabría que García Pérez había tomado una fatal decisión que terminó concretando en la mañana del 17 de abril de 2019: prefería quitarse la vida antes que ir a prisión. Tras décadas reclamando la honestidad como uno de los pilares del aprismo—acusando de ratas, por consiguiente, a quienes quebraban aquella norma sagrada—no iba a dar a sus adversarios ese gusto mayor. A ellos, escribió en su carta de despedida, “les dejo mi cuerpo como muestra de desprecio”.

Mientras, calladamente, millones de compatriotas discutían si era una muestra de coraje o simplemente una soberbia admisión de culpa, su compañero Mauricio Mulder calificaba las palabras del expresidente como “un acto de dignidad y de honor frente a una persecución fascista” y como la “contribución de sangre para que el Perú sea un país democrático”²². Resuenan en sus palabras el eco del “discurso-profético” del Haya de la Torre de 1932. Lo recuerdo, por mi parte, batiéndose solitariamente—con una voluntad digna de encomio—en los años 70, en asambleas estudiantiles abarrotadas de izquierdistas, en defensa de un partido al que muchos veíamos entonces como una colectividad extinta. Un poco más sobrio, Carlos Roca, ante las preguntas de la prensa, opta por recordar que su compañero caído “decía siempre que tenía un compromiso social con la historia” y que quería naturalmente cumplir con el mandato del pueblo, que era lograr en el Perú “una sociedad con justicia social respetando la libertad”²³. Mientras escribo esto me viene a la memoria también una súbita aparición suya en un debate universitario cuando estaba “requisitoriado” por el régimen de Velasco. A él le escuché decir por primera vez uno de los más caros lemas

²¹ “Alan García: Odebrecht habría pagado US\$ 24 millones en sobornos, según testigos protegidos”, en *Gestión*, 18 de abril de 2018, <https://gestion.pe/peru/alan-garcia-odebrecht-habria-pagado-us-24-millones-sobornos-testigos-protegidos-264590-noticia/?ref=gesr>

²² Citado en Renato Cisneros, “Alan sí la debía, sí la temía”, en *The New York Times*, 17 de abril de 2019, <https://www.nytimes.com/es/2019/04/17/espanol/opinion/alan-garcia-peru.html>

²³ “Carlos Roca sobre Alan García: ‘Decía siempre que tenía un compromiso con la historia’”, en RPP Noticias, <https://rpp.pe/politica/gobierno/carlos-roca-sobre-alan-garcia-decia-siempre-que-tenia-un-compromiso-con-la-historia-noticia-1192448?ref=rpp>

apristas, acuñado en los peores momentos de su trayectoria: “¡aprista, ten orgullo de tu gran partido!”. Meses después, la lista que Roca encabezó para elegir al nuevo Consejo Ejecutivo Nacional del PAP había sido derrotada y había serias acusaciones de fraude de parte de sus aliados. “Veo con enorme preocupación que estamos caminando hacia el abismo, poniendo en riesgo la vigencia del partido” declara uno de ellos²⁴. Acaso—pienso—a la generación de Roca, en la que tanta esperanza depositó su jefe, le ha tocado ser, simplemente, testigo de la debacle final de su “gran partido”.

En los últimos días, leo en las redes sociales una carta de denuncia contra “la camarilla de la Av. Alfonso Ugarte”²⁵. La retórica usada no se diferencia demasiado de la utilizada en otras disputas de la historia del PAP a través de los años. Se recurre al arsenal retórico aprista como si fuera 1948 o 1980, como si la pureza del aprismo primigenio siguiera siendo un bien intocado por el paso del tiempo (“Los firmantes, ratificando nuestra lucha contra toda clase de imperialismos; propugnando la integración de América Latina como herramienta popular de los pueblos en un mundo globalizado”). El dolor y el sacrificio de su historia, por supuesto, no pueden estar ausentes. Así, los adherentes no pueden ser otros que aquellos que “jamás han deshonrado la memoria del fundador y único jefe del APRA, Víctor Raúl Haya de la Torre; ni menoscabado o burlado una ruta de sangre, sudor y lágrimas en la procura de un Perú libre, justo y culto”. De ahí que puedan usar sin sombra de aprovechamiento—como la camarilla—“el nombre heroico del APRA, su historia combativa y los mártires que cayeron en la lucha por la justicia social”. Lo novedoso, tal vez, sean las referencias criminales achacadas a sus rivales: no solo “robos al Estado y malas conductas inmorales en la cosa pública o partidaria” sino también colusión con “oscuros intereses ligados al narcotráfico”. Sorprende, asimismo, la referencia temporal. Al tiempo de la muerte del fundador (1979) se remonta esa profusión de “hechos delictivos” tanto como “componendas y trapisondas de toda clase” que, desde la dirección misma del partido, lo inclinaron “hacia la derecha reaccionaria y procapitalista”. Y, a continuación, la sorpresa final: “señalamos a Alan García Pérez y a una camarilla profundamente reaccionaria como la responsable de estos desviacionismos antihistóricos”. Para terminar, se delinea una imagen-objetivo

²⁴ “El APRA elige dirigencia en medio de pugnas internas”, en *El Comercio*, 28 de octubre de 2019, <https://elcomercio.pe/elecciones-2020/el-apra-elige-a-su-dirigencia-en-medio-de-pugnas-internas-noticia/?ref=ecr>

²⁵ “Comunicado aprista contra la camarilla de la Av. Alfonso Ugarte”, Lima, 30 de diciembre de 2020. Jesús Guzmán Gallardo (Lima), Edmundo Haya de la Torre Barr (Lima), César Vásquez Bazán (Denver), Héctor Alva Narváez (Miami), Herbert Mujica Rojas (Lima), Manuel Fernández Vega (Lima), siguen firmas.

que recuerda al legendario optimismo de su fundador. Persuadidos de que “la doctrina, ideología y principios apristas” mantienen, “hoy más que nunca”, “plena vigencia”, convocan a los “Comandos de Acción Apristas en cada región, provincia y distrito” a asumir la dirección e iniciar “la reorganización del aprismo auténtico desde las bases”. Reconozco entre los firmantes a un compañero de colegio, un aprista de toda la vida. Fue, más aún, como Ministro de Economía en los peores años del primer gobierno aprista, protagonista de esta historia que ahora, a sus casi 70 años, pretende borrar.

“Comunidad emocional” (Hugo Neira), “simulacro de nación” (Karen Sanders), “religión política” (Imelda vega Centeno), son algunas de las expresiones que se han acuñado para tratar el lado irracional de la fuerza política más racional de la historia del Perú. A esa lista se suma ahora “desmesura revolucionaria” de Martín Bergel.

Post-script

En enero de 2021, con el retiro de su candidata presidencial Nidia Vílchez para las elecciones generales de abril de este año—por decisión del comité político del partido—el APRA, según un connotado analista, se dirigía a “su final”²⁶. Su derrota en elecciones congresales un año antes había sentado un nefasto precedente histórico para el aprismo: tras seis décadas de presencia casi ininterrumpida en el Parlamento quedaba fuera el centenario partido. Preguntado, entonces, qué tendría que hacer el APRA para resurgir, el dirigente aprista Carlos Roca había respondido, en el más puro estilo partidario, “volver a su origen, volver a sus principios, volver a Haya de la Torre”²⁷. El tiempo dirá si la *desmesurada* trayectoria del aprismo será suficiente para remediar la ausencia de presente, y acaso de futuro, de la mayor escuela política de la historia peruana.

²⁶ Luis Pásara, “El APRA se dirige a su final”, en *Política Exterior*, 21 de enero de 2021, <https://www.politicaexterior.com/el-apra-se-dirige-a-su-final-en-peru/>

²⁷ Adriana Lira Delcore, “El Apra y su derrota electoral tras 6 décadas en el Congreso”, en *El Comercio*, 27 de enero de 2021.